

testó: «Mi madre y mis hermanos sois vosotros, los que oís mi palabra.» Y en uno y otro caso se trataba de su madre, modelo secular de todo linaje de virtudes.

Mucho más podría decir al respecto, sin más trabajo que adaptar á la forma de artículos de diario lo que en mi último libro escribí sobre la poquedad de espíritu de nuestras mujeres, pero no debo alargar esto.

Sólo me resta felicitar muy entusiastamente al Sr. Vergara Biedma por conocer á las mujeres de todos los países de la tierra habitada, conocimiento difícilísimo que prueba un estudio muy largo, muy atento y muy inteligente. Y digo que las conoce á todas, porque si así no fuera, carecería de sentido esta su afirmación de que las mujeres de su país «son las primeras mujeres del mundo». No puedo creer que lance tan redonda afirmación no habiendo salido de su patria y recorrido las patrias de esos pobres sabios europeos á los que quiere ver, que un acontecimiento de bulto les rompa el cráneo para meterles en el cerebro la evidencia de ese y otros postulados por el estilo. Allá los sabios.

Pero si el señor Vergara Biedma no hubiera nunca salido de su patria, entonces su afirmación no sería ingénuo, sino otra cosa.



A UNA ASPIRANTE A ESCRITORA

ME pregunta usted, señorita, qué me parece de que usted se dedique á escribir para el público. Como yo vivo muy lejos de ese país y no conozco sus condiciones íntimas sociales sino por referencias, habrá de permitirme que me imagine que es una paisana mía, una española, nacida y criada aquí y que, como yo, aquí vive la que me dirige semejante consulta y dejo á su perspicacia y buen juicio el hacer las debidas trasmutaciones y traducciones de lo que le diga. No voy, pues, á contestarle á usted sino á otra señorita, mi compatriota, que me ha dirigido igual consulta y esto no es una suposición sino un hecho real.

Me parece difícilísima y muy delicada la posición de una mujer que entre nosotros quiere dedicarse á la carrera de las letras. Me parece difícilísima su posición en todo país y en todo tiempo, pero mucho más en nuestro país y tal vez en nuestro tiempo.

La civilización es, con todo lo que tiene de

bueno y todo lo que tiene de malo, predominantemente masculina. La influencia femenina se ejerce, sin duda, en ella, pero se ejerce de una manera en general funesta para actuar sobre un conjunto de tipo masculino, con todo lo malo de la masculinidad. Lo femenino, tiene más su campo de acción en la esfera privada y doméstica—en la domesticidad—pero no en la civilización, que es la civilidad, la vida civil. Esta vida civil tiene orígenes militares y una constitución política y la milicia es masculina y masculina es la política. La mujer no ha sido ni guerrera ni ciudadana.

Uno de los productos de la civilización es la lengua literaria. Advierta, señorita, que digo la lengua literaria. Lo hago para contraponerla, en cierto modo, á la lengua popular, vulgar, corriente ó doméstica. Claro está que la lengua en que se redactan las leyes, los dogmas religiosos, los documentos públicos y las obras de arte y de ciencia brota y surge de la lengua en que se dicen ternezas los enamorados, riñen los casados y pide uno el desayuno: pero en lo que aquella lengua tiene de diferencial, aun siendo lo menos de ella, es un producto de una civilización predominantemente masculina. Tendrá usted, pues, que servirse de un instrumento hecho por hombres y para hombres.

Lo peor que encuentro en ese movimiento

que se llama femenino es que las mujeres que se dejan arrastrar por él protestan de los hombres en hombre y no en mujer y pretenden oponerse á sus evidentes abusos y brutalidades con armas masculinas, hechas por hombres y para hombres. Juegan, v. gr., al sistema representativo y democrático que es un sistema eminentemente masculino. La democracia representativa es un fruto del espíritu rebañego del hombre, de su instinto de animal de rebaño. Y se me antoja que la mujer es más radicalmente independiente y mucho menos rebañega, pese á las apariencias.

Va usted, pues, á tener que servirse de un instrumento ajeno. El escribir una mujer para el público en lengua literaria masculina, es algo así como ponerse los pantalones. Porque la lengua literaria es «pantalónica». Y de hecho se han dado varios casos de mujeres escritoras que acabaron por vestirse de hombres. Doña Concepción Arenal, con haber sido una mujer tan mujer, tan juiciosa, tan serena, tan razonable, llegó á salir á la calle con pantalones de hombre.

Claro está que siempre queda el recurso de modificar la lengua literaria y hacerla femenina. Ya le estoy oyendo esto. Pero he de decirle que eso es mucho más difícil de lo que usted se figura, y que lo estimo imposible para una sola

*El juego de la vida es la vida misma, y como un
hacer sentir que parte de nosotros es de ella
dado mujer...*

mujer. Y de hecho, en lo que la mujer sobresale como escritora es en las cartas privadas donde la lengua y estilo son más domésticos. El genio de Mme. Sevigné es el genio genuinamente femenino. Las cartas de Santa Teresa son un buen ejemplo. Esta mujer admirable, admirabilísima, Santa Teresa, tuvo una lengua literaria y femenina sin embargo, pero esto es una maravilla de que le hablaré á usted otro día. Todas las obras de Santa Teresa parecen cartas; todas se dirigen personalmente al que la lee, á uno, á cada uno de los lectores y no al conjunto. Y es que en realidad toda su obra fué una continua correspondencia privada y amorosa con su Dios, con Jesús el de Teresa.

Otra cosa tiene usted que tener en cuenta, y es que la mujer así como se viste más para las demás mujeres que no para los hombres, así cuando se pone á escribir públicamente escribe más para los hombres que no para las demás mujeres. La mujer, en efecto, se viste sobre todo para las demás mujeres. Cuando va al teatro ó al paseo va á fijarse en cómo van vestidas sus amigas y conocidas, á criticar sus trajes y tocados, y á ser admirada por ellas. Le importa más el juicio de las demás mujeres que no el de su novio ó marido, y no se recuerda un caso de una mujer que se haya vestido á gusto de su novio, por muy enamorada que de él estuviese,

si por hacerlo así había de aparecer cursi ó vistosa ó ridícula á los ojos de sus compañeras.

Pero así como se viste para las demás mujeres y no para los hombres, ni aun para aquel á quien más quiera, así, si se pone á escribir escribe para los hombres y sacrifica las censuras de sus compañeras al elogio de un hombre que estime inteligente. El público que aspira á conquistar la escritora es un público masculino, y no un público femenino. Porque no hemos de tratar ahora de esas señoras y señoritas que escriben libros para las de su sexo ó dirigen revistas de modas ó de lectura para las hijas de familias respetables y de buena sociedad. A las tales no se les puede considerar como escritoras.

Y esto trae consigo una consecuencia fecundísima, á su vez, en consecuencias. Un hombre cuando escribe no se acuerda, por regla general, de que es hombre y no mujer, pero en cambio es difícil, difícilísimo, casi imposible, que una mujer al escribir no tenga presente que es mujer y no hombre. Y entonces, una de dos, ó no trata de ocultarlo, sino que deja libre su inspiración femenina, y en tal caso acentúa su feminidad, ó, trata de ocultarlo y finge masculinidad, con lo cual no hace sino corroborar lo que de femenino tiene.

Hablándome una vez un amigo de una escri-

tora española muy prestigiosa y que merece serlo, y buena amiga mía, la señora doña Emilia Pardo Bazán, me sostenía que de ordinario no se conoce en sus escritos que sea mujer y no hombre y yo le repliqué contradiciéndole que se le conoce y mucho, y se le conoce precisamente en cierta afectación de masculinidad á que no puede escaparse á pesar de su gran talento. Porque aunque abundan los hombres que afectan masculinidad—cosa muy comprensible teniendo en cuenta que son legión los hombres poco masculinos—sin embargo la masculinidad afectada por el hombre es muy distinta de la afectada por la mujer. Como hay también hombres que afectan femineidad. A la mujer se le conoce que es mujer cuando se viste de hombre, aun mejor que cuando va vestida de mujer.

Agregue usted otra cosa, señorita, y es que hay ciertos sentimientos íntimos en cuya expresión es casi imposible que sobresalga una mujer entre nosotros. O dice todo lo que siente, y tal como lo siente, y aparece impúdica aun no siéndolo y por lo tanto insincera, ó se guarda y oculta y vela esos sentimientos y aparece también insincera. De aquí que el género lírico sea el más difícil para una mujer. Sin que esto quiera decir que no puedan sobresalir en ciertos aspectos de él. Ahí está la ya citada Santa Teresa, que era sobre todo una poderosísima lírica, y

ahí está en época más reciente, la dulcísima, tiernísima y delicadísima Cristina Rossetti, cuyos cantos son uno de los más exquisitos regalos que nos brinda la literatura inglesa. Pero los cantos de Cristina, aun aquellos en que se oye la queja del amor humano insatisfecho, son cantos religiosos, hondamente religiosos.

Tome usted otra poetisa, una paisana y contemporánea de Cristina Rossetti, Isabel Barrett Browning. Los admirables «Sonetos del portugués» dirigidos á su marido, el grande y sutilísimo poeta Roberto Browning, son una de las obras poéticas más llenas de calor humano y de encendida pasión, pero en general la superioridad de Isabel sobre Cristina estriba en que aquélla, como sabía más, pudo volverse más á lo de fuera y hacer obra que diríamos más objetiva.

Cristina era un alma angelical y dulce, reclusa, y tímida y era una mujer de una ilustración muy restringida y religiosa sobre todo, mientras Isabel era una mujer erudita y muy versada en variedad de conocimientos y que traducía el griego. Y así, resulta que Cristina cae en la monotonía é Isabel en la pedantería; las quejas melodiosísimas y angelicales de Cristina constan de unas pocas, muy pocas notas y los temas forzosamente se repiten, y las disertaciones poéticas y hasta filosóficas de Isabel, llegan alguna vez á fastidiar por su impertinencia.

En general se desempeña mucho mejor la mujer en lo que es objetivo y no subjetivo—aceptemos por lo cómodas estas expresiones tan imperfectas é inducentes á error—en lo épico mejor que en lo lírico, en lo narrativo mejor que en lo sentimental. Cuenta mucho mejor lo que ve ú oye que no lo que siente, reproduce mejor el hecho externo que no la impresión que lo causara. Yo no sé si consistirá esto en que como dice un amigo mío, la mujer es un ser «psicológico». Y por esto, acaso, son las actrices mejores que los actores y es porque á falta de un alma propia muy definida pueden prestarse á representar variedad de almas. El caso es que una escritora llega á narrar con verdadera precisión artística un suceso que presencié y, sin embargo, apenas acierta á dar forma adecuada á sus propios sentimientos suscitados por el suceso. Cuando no cae en la minuciosidad la mujer cuenta muy bien. Cuando llega á tener el sentido de la perspectiva y á saber sacrificar los detalles accesorios y acierta á situar cada circunstancia en su plano—y á esto llegan pocas veces—la mujer cuenta mejor que el hombre. Porque el hombre confunde más los sucesos con sus propias sensaciones en presencia de ellos; el hombre es más lírico, es decir, es más egoísta; el hombre se mete más él mismo en el relato.

Y aunque le parezca á usted paradoja, señori-

ta, le diré que precisamente por ser la mujer más capaz de objetivarse, de salirse de sí, es por lo que es más independiente. El ser más individualista es lo que le hace al hombre ser más rebañego. Y como esto ha de sorprenderle, estoy seguro de ello, dejo para otro día el desarrollárselo.

Y vea cómo contra una idea muy corriente he de decirle que creo que la mujer tiene más aptitudes aun para la ciencia que no para el arte. Creo que hay ciertos campos de la ciencia en que las cualidades femeninas han de lograr copioso fruto. Y no sirve decir que para el cultivo de la ciencia hace falta una serenidad de juicio y un desapasionamiento de que la mujer escasea, pues el hombre es más apasionado que la mujer y el género de pasión femenino es tal vez el género de pasión que el cultivo de la ciencia requiere.

Hablándome un día un amigo mío de los admirables trabajos de erudición filológica que lleva á cabo doña Carolina Michaelis de Vasconcellos, la alemana que ha hecho de Portugal, la patria de su marido y su hijo, su segunda patria y que ilustra tanto la ciencia portuguesa, me decía que la erudición de doña Carolina es una erudición maternal, que cuida, mima y sustenta sus hipótesis y sus teorías filológicas como se cuida, mima y sustenta á un hijo. Así es y re-

cuerto que cuando tuve la honra y el gusto de visitarla en Oporto, donde vive y trabaja, la sorprendí cuando estaba dando el baño á su nieto. La erudición de doña Carolina, es, en efecto, una erudición maternal. Y consigue con ella resultados que los hombres no logran. Es una erudición hecha de ciencia, de mucha y muy segura ciencia, pero hecha también de instinto, de un instinto á las veces más seguro que la ciencia misma. Doña Carolina adivina por verdadero instinto maternal.

Y es, señorita, que la mujer es ante todo y sobre todo madre. El instinto de la maternidad es en ella mucho más fuerte que el de la sexualidad. Como tratándose de una señorita que piensa dedicarse á escritora ciertos repulgos serían hasta ridículos, he de recordarle á este respecto que el hombre se hace padre en pocos segundos, mientras que la mujer necesita nueve meses de gestación, más de un año de lactancia y mucho más de cuidados y afaes. La mujer es madre ante todo.

Y lo es siempre. Quiere al amante ó al marido con amor maternal y, su amor crece cuando le siente débil, cuando siente que es preciso defenderle por muy fuerte que en otros respectos aparezca.

Se dice que las mujeres se enamoran de los hombres fuertes, pero creo adivinar que se ena-

moran de los hombres fuertes por alguna debilidad que en ellos descubren, por alguna debilidad que sólo ante ella, ante la amante, dejan traslucir. Y ella se dice: éste, que os domina, éste, que es para vosotros fuerte y bravío, es conmigo blando y débil; éste, el león, es para mí un cordero; yo y sólo yo sé su flaqueza, yo y sólo yo conozco su tendón de Aquiles. No hay leyenda más simbólica que la de «Sansón y Dalila».

A la mujer está encomendada principalmente la perpetuación del linaje humano, su persistencia natural y al hombre la civilización. Sin que ella deje de influir en ésta como él influye en aquella. Un hombre no se sacrifica por sus hijos lo mismo que una mujer, pero una mujer no se sacrifica por la patria lo mismo que un hombre. El sacrificio de Guzmán el Bueno es algo que ha de repugnar siempre al corazón femenino, por muy deformado que esté por el contagio de sentimientos masculinos. Y en rigor el hombre entiende mal todo sacrificio. Más que amar quiere ser amado, y basta ver con qué facilidad llama «ingrata» á la que no corresponde á su amor como si se le debiera agradecimiento por ello.

Lo que llama su amor suele ser en la mayoría de los casos un furioso anhelo de ser amado. Y esto proviene acaso de que siente bajo su for-

taleza social y de aparato su debilidad individual y de sustancia. Parece que el amor es en la mujer compasión y en el hombre orgullo, pero si se mira bien es en éste la necesidad de ser amparado y protegido y en aquélla la necesidad de amparar y proteger.

Y vea usted, señorita, á dónde he venido á parar á partir de la contestación á su consulta que al fin y al cabo queda incontestada. Y así debía ser, porque en resumen usted ha de hacer lo que tenía pensado, sea cual fuere mi consejo. Y me parece que hará usted bien.



A LA SEÑORA MAB

No soy, en efecto, señora, amigo de polémicas. Me gusta decir mi palabra y seguir, sin volver la vista, mi camino, dejando que cada cual de los demás diga la suya. Pero como no lo hago por soberbia ni por desdén al parecer ajeno, cuando hay una persona que como usted, señora, opone á mis dichos reparos juiciosos y razonables y me los opone con cortesía y buen propósito, algunas veces me detengo para contestarle.

Dice usted benévolamente de que soy yo, de entre los escritores españoles del día, quien en mayor grado tiene «el poder de suscitar ese espíritu antagónico, que latente yace en todo hombre». (Y en toda mujer, y acaso más en ésta que en aquél). Si así es, me felicito de ello, pues siempre me he propuesto más bien que dar á otros mis ideas, excitar y avivar las suyas propias, siempre he tendido á ser un sugeridor más bien que un instructor. Si en alguien provoqué un pensamiento, aunque sea opuesto al mío con

que le provoqué, creo haber cumplido mi obra. Tan cortante y afirmativo como pueda aparecer á las veces, no soy un dogmático.

Pero no, no, señora, no me río de todo y de todo el mundo, aunque prosiga impertérrito en mi campaña. Me río poco. Y si no quiero enterarme de muchos de los ataques de que soy objeto, es para no envenenar mi espíritu. El mejor modo de mantener mi espíritu sereno, para poder juzgar á los demás imparcialmente, es ignorar sus ataques.

Pero los reparos de usted, señora mía, no son ataques ni violencias, sino razonadas observaciones. Y además, como usted confiesa, no solicita la explicación ni ampliación de mi artículo sobre las mujeres que escriben, he aquí porqué voy á explicarlo y ampliarlo.

Añade usted que tampoco le mueve aquel espíritu rebañego con que tanto gusto, dice usted, de apostrofar á los mortales. Se lo creo. Y se lo creo, porque el espíritu rebañego, pese á las apariencias y á la tiranía de la moda, es más cosa de los hombres que no de las mujeres. La mujer es, ciertamente, más conservadora que el hombre y teme más que éste romper lo establecido, pero, en el fondo, el hombre es mucho más servil que la mujer y ésta mantiene mejor que aquél su íntima libertad espiritual.

No son los que aparecen más rebeldes los

que de más libertad interior de espíritu gozan. El someterse á la ley y cumplirla suele ser la mejor preparación para trabajar por abolirla. He conocido muchos anarquistas—casi todos los que he conocido—de espíritu servil. Muchos de ellos lo son por seguir la moda, por espíritu rebañego. Y en cambio conozco muy pocos hombres que á un respeto y sumisión á lo establecido, tales como los tuvo Santa Teresa, pongo por caso de mujer típica y excelsa, junten una tan grande libertad interior espiritual.

Precisamente hoy he estado leyendo en el «Port Royal», de Sainte Beuve, y en su libro quinto, cuanto dice de aquel portento de libertad interior femenina que se llamó la madre Angélica de San Juan.

(Observará usted, señora, que como me dirijo á mujeres, procuro hablarles en el sentido más escueto, más viril y menos acaramelado que me es posible. Es mi manera de demostrarles mi respeto. La mayor parte de las llamadas galanterías me parecen expresiones de desdén. Es algo así como hablar á los niños á media lengua, procurando imitar su balbuceo).

No voy á meterme á dilucidar si el intelecto de la mujer es igual, inferior ó superior al del hombre; me basta con que sea diferente del de éste y sobre todo la igualdad, superioridad ó inferioridad respectiva de dos seres no puede ni

debe buscarse en el intelecto solamente. Pero como tengo á este respecto mis convicciones, no dejaré de expresárselas, aunque usted diga que revelo en ellas «residuos de un espíritu netamente español», lo cual no niego, porque español y español neto soy. Y ahora voy en cuatro palabras á decirle mi opinión sin rodeos.

Usted sabe, señora, cuáles son los efectos de una causa que obra constantemente, por pequeña que su acción sea. Usted sabe lo que al cabo de los siglos y los siglos de los siglos significaría un capital mínimo puesto á interés compuesto. Pues bien, esto le ocurre á la mujer.

El organismo de la mujer está hecho para concebir, gestar y amamantar al niño y las molestias inherentes al embarazo y á la lactancia hacen que ya desde los pueblos salvajes las mujeres no puedan seguir á los hombres en la guerra y la caza, que es donde principalmente se aguza la inteligencia. La mujer se queda en casa y su inteligencia se hace casera, doméstica, estadiza y minuciosa. Y como esto sucede en una y otra generación, acaba por producirse una forma de inteligencia femenina distinta — no hablo de igual, superior ni inferior — de la masculina.

Una inteligencia de aplicación más concreta, de más paciencia, de más detalles, de mayores minuciosidades, pero no una inteligencia napoléonica, señora. Toda mujer que se ha dedicado á la alta especulación filosófica, en la que hay que mirar desde muy alto y ver en conjunto, ha fracasado.

Y mientras no se llegue á que la mujer nazca de mujer que ha concebido, gestado y lactado, la causa originaria seguirá obrando.

Lo cual no es, claro está, negar las facultades intelectuales de la mujer, sino decir que esas facultades no pueden hallar campo adecuado á ellas en trabajos que surgen de la constitución genuinamente masculina de nuestra cultura.

Sí señora, nuestra cultura, incluso la de las mujeres, es una cultura masculina, con todas las ventajas y todos los inconvenientes de la masculinidad. La colaboración de las mujeres en ella tiende á familiarizarla y esto es una ventaja, pero yo en mi artículo me limité á mostrar todas las dificultades de que esa colaboración está rodeada.

«Una mujer ¿deberá escribir?» se pregunta usted, y yo respondo: Sí, debe escribir, pero, lo mismo que el hombre, cuando tenga algo que decir. Y el que para hacerlo tenga que servirse de un instrumento hecho por hombres y para hombres, de una lengua literaria fruto de una civilización predominantemente masculina, no quiere decir, ni mucho menos, que sea la mujer intelectualmente inferior. Mi lógica masculina

DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año de 1922 MONTERREY, MEXICO

no ve bien esta consecuencia. Eso quiere decir que un francés, aunque tenga más talento que un español sobre un asunto cualquiera, estará en peores condiciones que el español que escriba en su lengua. Ahora, lo que puede hacer la mujer es modificar el instrumento, pero ¡dura tarea!

Sí, la mujer puede aprender la lengua literaria como un francés ó un chino pueden aprender el español y un zurdo el manejo de un instrumento hecho para la mano derecha, pero es difícil que aquéllos lleguen á saberlo tan bien como el español mismo que desde niño habla su lengua ó que el zurdo maneje tan bien como el diestro el instrumento en cuestión. Lo cual no es suponer que el español tenga más talento que el francés ó el chino, ó el diestro más habilidad manual que el zurdo.

No siento, señora, superstición alguna hacia la lengua literaria, y buena prueba de ello es que cuando escribo, escribo por lo general á vuela pluma, huyendo de estilismo para así tener estilo, cuidándome poco de evitar asonancias y de otras retoriuerías. Yo he aspirado siempre á que de mis escritos se diga: «¡hablan como un hombre!» en vez de que de mí se diga que hablo como un libro. Y si tengo á Sarmiento, su paisano—pues la supongo á usted argentina—por un escritor como tal escritor portento-

so, es porque escribió siempre de la grosura de su corazón, con ímpetu, hablando lo que escribía. En cuanto me dicen de un escritor que es un estilista, ya estoy apartando los ojos de sus escritos. Por lo general los llamados estilistas son los que menos estilo propio tienen. Y eso puede usted verlo ahí donde han padecido y aun siguen padeciendo esa plaga, tanto en prosa como en verso. No siento superstición por la lengua literaria, que oscila entre el énfasis y la sequedad, entre el tono oratorio y el sentencioso, lo cual es propio de hombres. El hombre cuando no es enfático é hinchado es seco y escueto, ó hablando á la española, cuando no es gongorino es culterano. Rara vez sabe ser jugoso sin hojarasca y sencillo sin afectación. Y la mujer cuando se pone á escribir en hombre, literariamente, acentúa los defectos.

Usted habrá oído, señora, que el género en que las escritoras han sobresalido es en el epistolar. Basta citar, además de la ya citada Santa Teresa, á Mme. Sevigné. Y esto es por ser el género más cercano á la conversación familiar y el más apartado de la lengua oratoria. La mujer habla, por lo general, mucho mejor que escribe y perora, y el hombre escribe y perora mejor que habla. Y es que la lengua de aquella es lengua de casa y la de éste lengua de calle. He conocido algunas escritoras, aunque no mu-

chas, y todas ellas tienen una conversación mucho más amena y viva que no sus escritos, y en cambio conozco escritores afamadísimos que no dicen nada cuando hablan.

No está mal que ustedes, las argentinas, se pongan á escribir, sobre todo si logran así introducir en el estilo la sencillez, el abandono, la «nonchalance» de lo hablado. Porque, créame usted, señora, que cierto estilismo imitado del francés es una de las plagas de los escritores de ese su país. Y he aquí por donde contribuirían ustedes á desfeminizar el estilo literario de su patria.

Cita usted luego una frase á mi respecto del «Nuevo Mercurio», pero debo decirle que rechazo la exactitud de la tal frase, si con ella quiere decirse que yo estime que la intelectualidad es un ejercicio ideólogo, ni lo soy, puedo asegurárselo, y si mis escritos han logrado aquende y allende el océano algún favor, débese sin duda al fondo de pasión que he puesto siempre en ellos. Día llegará, así confío, en que habrá de reconocerse que sólo de cierta deficiencia crítica puede brotar el creerme un ideólogo ó un sabio.

Y volviendo á ustedes, las mujeres que escriben, he de decirle, mi señora Mab, que yo me entretuve en mi artículo en poner de manifiesto las dificultades que en ese ejercicio han de ro-

dear á ustedes. Pero si escribiendo llegan á encontrar su propio tono, el tono genuinamente femenino, entonces su acción no dejará de ser beneficiosa. Es más, creo que la genuina y legítima feminidad, la de las mujeres, es el mejor antídoto contra la afeminación del estilo de no pocos hombres.

En efecto, así como apenas hay nada más ridículo que esos cuentos para niños que escriben los mayores, fingiendo infantilidad en ellos, así apenas conozco cosa más deplorable que cuanto escriben los hombres para las mujeres, teniendo presente al espíritu el público femenino cuando escriben. Los niños, si son avisados, se ríen por lo común de esos deplorables cuentos infantiles puerilmente tejidos por los mayores y las mujeres de espíritu tienen que despreciar á la mayoría de los hombres que para ellas escriben.

Supongo por otra parte, que la señora Mab conoce lo que escribió el ilustre Ferrero—respetable huésped de esa ciudad—respecto al que llamó tercer sexo, á las que los ingleses llaman «spinsters» y que alguien ha comparado á las hormigas neutras. Yo creo que ahí, en la Argentina, no se conoce, como no se conoce aquí en España, ese género. Y es indudable que el feminismo de esas señoras—muy respetables por lo demás—es cosa muy distinta del feminismo de

las mujeres de su casa, esposas de sus maridos y madres de sus hijos.

Inútil creo, además, decirle que estoy muy conforme con casi todo lo que usted dice,— fuera de esas divergencias,—y que me parece muy bien que estén ustedes hastiadas «de esa psicología que hace de la vida de los sentidos el motor alrededor del cual gira todo.»

Pocas palabras he de decirle sobre la Real Academia Española, y he de decirle pocas por la sencilla razón de que cuanto dice usted al respecto lo he dicho ya muchas veces. Lo que sí quiero hacer constar es que de lo que haga la Real Academia Española de la Lengua no puede deducirse nada respecto á ese supuesto, y no más que supuesto, exclusivismo español, pues la tal Academia no representa á España. Eso del exclusivismo español es una de tantas leyendas como por ahí y por otras partes corren y sobre ello he de escribir algún día. No hay tal exclusivismo español, como por ahí lo entienden muchos; lo único que hay es que en España no ha entrado aún el «snobismo» de lo cosmopolita. Más exclusivista, muchísimo más exclusivista que el español, es el francés—el pueblo más cerrado en sí y más desdeñoso de lo ajeno, que sólo admite «caritativamente» á título de curiosidad exótica—y, sin embargo, rara vez se habla por esas tierras del exclusivismo francés.

Y como el meterme á hablar del militarismo y el industrialismo, me llevaría lejos, suspendo estas reflexiones y vuelvo á saludarle con todo respecto y con toda gratitud.

